

pero con crecimiento muy débil

precios, que de un crecimiento sólido, sostenible y basado en los incrementos de productividad.



coherencia. El impacto de este movimiento sobre la deuda corporativa y el sistema bancario será clave.

España debe ser más ambiciosa y orientar su economía hacia el crecimiento económico

La economía española mantiene el tono de estabilidad que vemos en todo el mundo desarrollado, pero no tiene nada que celebrar. El hecho de que seamos el país que más vamos a crecer de toda la zona Euro no es ningún reflejo de fortaleza económica. De hecho, si sólo miramos a este indicador, nuestro homólogo en América del Sur sería Venezuela –crecimiento del 5% para 2023– y no creo que sea un ejemplo a seguir.

España crece porque aún está rebotando –vamos a ser los penúltimos en recuperar los niveles de riqueza previos a la crisis– y porque está recibiendo una cantidad ingente de recursos públicos procedentes de los fondos Next Generation EU. El análisis de la contabilidad nacional no deja lugar a equívocos: El consumo doméstico está deprimido, y el dato de crecimiento del PIB positivo viene de la mano de la inversión.

Los indicadores de coyuntura y actividad económica, por su parte, reflejan esa estabilidad que también venimos viendo en otras economías avanzadas, por lo que el riesgo de recesión parece que ha desaparecido.

Por ahora no hay razón para pensar en la bajada de tipos en las grandes economías

España crece porque aún está rebotando y por la ingente cantidad de recursos públicos

Pero a la economía española le falta ambición: De nada sirve ser el que más mejora los resultados de la clase si continuas teniendo un suspenso. La riqueza por habitante continúa por debajo de los niveles de 2018, y si descontamos el efecto de la inflación y la ponemos en comparación con el promedio de la Unión Europea no estamos convergiendo con respecto a nuestros socios. En 2011 la diferencia en el PIB per cápita entre España y la UE era de 7 puntos; en 2022, de 15.

Tenemos la tasa de paro más alta de toda la Unión Europea, somos los que más nos hemos endeudado desde el estallido del Covid19, y en un año de recaudación récord como fue el 2022 –buena parte de ella como consecuencia de la inflación, según el Banco de España– el déficit fue del 4,8% del PIB, el quinto más alto de toda la Unión Europea. De poco sirve registrar máximos históricos en términos de afiliación si no tenemos datos fidedignos de paro registrado –todos los análisis

claman por una senda mensual de fijos discontinuos inactivos– y lo que sí es homogéneo –la EPA– refleja que las horas trabajadas tampoco han recuperado los niveles prepandemia.

La evolución aparentemente positiva de España es consecuencia del impulso del sector público –más del 50% del empleo creado desde la pandemia es ahí– y del efecto rebote. Los dos únicos motores privados durante la recuperación son el turismo y el sector exterior.

España ha llegado a ser la octava potencia mundial gracias a un modelo económico orientado al crecimiento. La estabilidad internacional debería ser el acicate para hacer las reformas estructurales que necesita el país y, sin embargo, estamos instalados en el conformismo y luchando más por maquillar las cifras que por solucionar los problemas que arrastramos.

Sin una agenda orientada al crecimiento y a la mejora de la productividad, el paraguas de Europa antes o después se mostrará insuficiente, y la factura de la deuda pública, la fragilidad laboral, o la insostenibilidad de las pensiones, por citar algunos de los problemas que ahora son importantes, pasarán también a ser urgentes. El tejado se arregla con el buen tiempo. No es momento de triunfalismos, y sí de hacer reformas fructíferas.

Consultor Estratégico y Presidente de Acción Liberal Think Tank For Freedom

La clave va a estar en el drenaje de liquidez, que sigue estando pendiente y es clave para devolver la inflación a los niveles de estabilidad.

El BCE lleva desde finales del año pasado con un proceso de *quantitative tightening* que, en realidad, genera distorsiones entre Estados Miembros porque continúa comprando deuda a algunos –como España o Italia–

mientras que retira estímulos en la inmensa mayoría. Esto se produce para que los mercados mantengan la confianza en la deuda pública y los indicadores de riesgo se mantengan estable; por ello vamos a ver cómo se traducen los 15.000 millones de euros de drenaje mensual –en términos netos– que ha anunciado para el segundo semestre del año en las primas de ries-

go y en los seguros de impago de las economías más expuestas a la deuda de la Eurozona.

La FED, por su parte, ha capeado la crisis bancaria con un ejercicio de soplar y sorber –retirar estímulos pero a la vez abrir una nueva ventana de descuento de emergencia– digna de estudio, pero que debe ser retirada para que la política monetaria mantenga su

y menos bienestar

del total de ocupados. El número de pluriempleados creció en 85.800 personas.

¿Cómo es posible que, si hay menos gente trabajando a tiempo parcial y más pluriempleados, se haya reducido el número medio de horas trabajadas? Por el absentismo –ausencia del puesto de trabajo por enfermedad común, accidente no laboral, licencias, permisos y otras causas–, que en 2022 fue mayor, incluso, que en el peor año de la pandemia. Datos del Adecco Institute muestran que, en 2019, se perdieron por absentismo 90 horas anuales

por asalariado (5,5% de la jornada pactada). En 2022, esa pérdida llegó a 113 horas (6,8%). Datos que, multiplicados por el número de asalariados, permiten ver que en 2019 dejaron de trabajarse algo menos de 1.500 millones de horas; en 2022, la pérdida fue de casi 1.900 millones de horas. Multiplíquese por los 22/hora que es el coste laboral total y se tendrá una idea del gigantesco quebranto que el absentismo supone para la economía y las empresas.

El otro problema es el de una reforma laboral mal orientada, que priorizó la reducción de la tempora-

lidad cuando el problema laboral más grave es el alto desempleo. Mientras España tiene la mayor tasa de paro de Europa, el gobierno restringió la forma más flexible de contratar personal y, de paso, ocultó una parte de los parados mezclándolos con los llamados “demandantes ocupados”. En sus términos, tuvo éxito: el paro registrado es el menor desde 2008 y hay unos 2 millones de asalariados fijos más de los que hubiera habido sin reforma (aunque más de la mitad de los mismos sean fijos discontinuos o de tiempo parcial).

Para los demás, no puede hablarse de éxito: hay 3,5 millones de parados reales (2,7 millones de parados registrados más los fijos discontinuos inactivos y otros colectivos), que es lo mismo que había cuatro años atrás. Tampoco puede hablarse de éxito mientras la tasa de paro no baje, al menos, hasta la media europea (ahora es el doble: 13% y 6%, respectivamente; es curioso como los estadistas de todos los partidos siempre tienen en mente la media europea en lo referido a la presión tributaria, pero no la mencionan cuando se habla de tasa de paro).

La buena marcha de la creación de empleo sugiere que este es precisamente un buen momento para acometer una reforma en serio del mercado de trabajo. Para aumentar la productividad, consolidar los empleos creados, bajar el paro y aumentar el bienestar general. No hace falta ni pensarla: con copiar la ley laboral de Dinamarca, Suecia, Finlandia o casi cualquier otro país de la UE, el avance sería extraordinario. Ojalá el nuevo gobierno lo entienda y se atreva.

**@diebarcelo
Director de Barceló & Asociados**